



El Ser Humano

Lectura de la antropología cristiana de Mártensen a la luz de los avances en neurociencias

The Human Being
Reading of the christian anthropology of Martensen in the light of the advances in neuroscience

Leonardo A. Caravaggio

caravaggio@gmail.com

Universidad Nacional de Quilmes – Argentina

Resumen

El presente trabajo investiga, en forma paralela, los puntos de conexión entre la antropología cristiana del fundador del Movimiento de la Palabra de Dios, padre Ricardo Mártensen y una serie de recientes descubrimientos de las neurociencias, especial pero no exclusivamente referidos a Antonio Damasio. Como resultado de esta investigación se advierte que no existe contradicción entre ellos, siendo posible, de esta forma, hacer una interpretación cristiana de estos últimos o enriqueciendo la visión antropológica primera. Este resultado resulta interesante para el acompañamiento pastoral del cristiano, y para toda investigación en el campo de las ciencias sociales vinculadas al comportamiento humano.

Palabras clave: antropología, neurociencias, comportamiento humano.

Abstract

This paper investigates in parallel the points of connection between the Christian anthropology of the founder of the Movement of the Word of God, Father Ricardo Mártensen, and a series of recent discoveries in neuroscience, especially but not exclusively referring to Antonio Damasio. As a result of this investigation, it is noted that there is no contradiction between them, being possible, in this way, to make a Christian interpretation of the latter or enriching the first anthropological vision. This result is interesting for the pastoral accompaniment of the Christian and more in general for all research in social sciences linked to human behavior.

Keywords: anthropology, neurosciences, human behavior.

Recibido: 4/10/2022

Aceptado: 17/05/2023

Publicado: 12/2023





Introducción

Este trabajo se propone presentar y comentar la visión antropológica del Padre Ricardo Mártsensen, la cual encuentra su uso pastoral en el Movimiento de la Palabra de Dios (MPD). Esta visión no solo no se contradice con diversos aportes recientes de la neurociencia y la psicología conductual, sino que ambas miradas pueden enriquecerse mutuamente.

La visión antropológica del Padre Ricardo tiene gran desarrollo en sus diversos libros, principalmente en “Orar y Amar” (2014a), “El sagrario humano de Jesús” (2012) y “Yo soy” (2011). Sin embargo, esta visión no solo la encontramos en lo expresado en los libros, sino que se extiende a lo puesto en la práctica pastoral en el movimiento que funda, el MPD; a su transmisión oral; a sus enseñanzas en las “escuelas pastorales” de la que participan los servidores de las comunidades del MPD; y a lo expuesto en las convivencias y retiros, etc.

La enseñanza de esta visión antropológica no se da solamente en forma directa, sino que también se transmite por las consecuencias que esta tiene en los criterios pastorales, toma de decisiones, discernimientos, etc. Esto resulta un gran motivador para estudiar dicha visión, ya que no se trata meramente de un ejercicio analítico sino que, una mejor comprensión del trasfondo antropológico permitirá entender el por qué de ciertas decisiones.

No se pretende aquí hacer un desarrollo filosófico de la noción de ser en la persona humana, ni tampoco en el sentido de la filosofía de la mente. En general, la transmisión de la visión antropológica en el MPD es más de tipo pastoral que teórica. Es decir, no se trata tanto de una discusión de ideas, sino de las consecuencias prácticas y pastorales de la misma. Descubrir y describir qué es una persona, ayudará a entender su propósito. “Nuestro carisma nos enseña que el fondo y raíz de nuestra persona es el amor porque hemos sido creados por el Amor y para vivir en el amor (Cf. 2 Jn, 5)” (Mártsensen, 2021, p. 269). Esta vida en el amor se propone en el MPD como una “vida de alianza”. Por este motivo, la comparativa con otros desarrollos teóricos de enfoque científico se presenta con el objetivo de ser de utilidad práctica para la toma de decisiones, el discernimiento, el acompañamiento pastoral, etc.

Resulta interesante que los desarrollos científicos, los cuales tienen concepciones y objetivos distintos, incluso visiones filosóficas de la mente y el ser distintos, no se contradigan con la visión antropológica aquí planteada, sino que incluso puedan aportar a la misma. Esto probablemente suceda porque, si bien la visión del Padre Ricardo tiene un fundamento bíblico y eclesial, se basa especialmente en su experiencia pastoral y la del MPD.

En el Gráfico 1 se presenta un esquema de la persona humana como tres círculos concéntricos. Cada uno de ellos representa tres aspectos de la vida de la persona, a los que el Padre Ricardo denomina “dinamismos”: el corporal, el psíquico y el espiritual (2014a, p. 19). En ese libro la representación gráfica que se hace de los tres dinamismos está en forma de triángulo. Esta manera de representar es útil para evitar la idea de que la



introversión es el único camino para encontrar a Dios; ya que, una vez vinculada con Dios, la persona puede salir al encuentro de los demás. Si eso queda claro, para los fines aquí expuestos bastará con seguir la presentación clásica circular. Al dinamismo espiritual se lo puede llamar también “corazón”, al psíquico “psique”, y al corporal simplemente “cuerpo”.

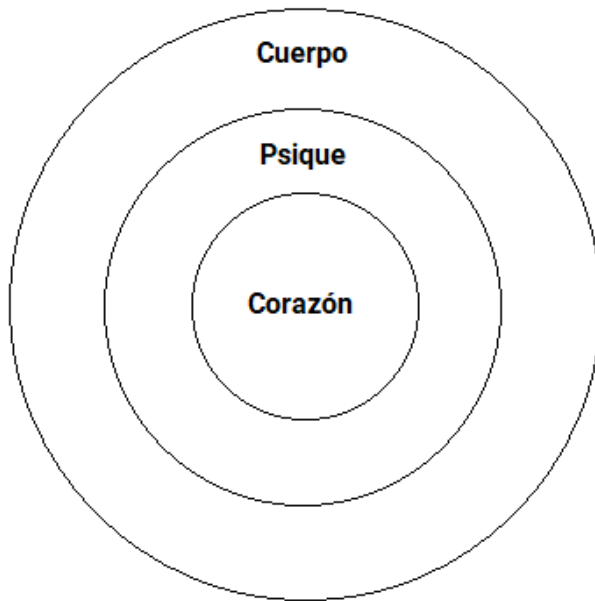
Por la palabra “corazón” se hace referencia a lo espiritual, la experiencia más interior de la persona, y no al órgano. En este sentido se da la interpretación de las expresiones bíblicas “Reconoce hoy y medita en tu corazón que el Señor es Dios” (El Libro del Pueblo de Dios, 1990, Lv 4:39), “Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy” (Dt 6,6), “Doy gracias al Señor de todo corazón” (Sal 111,1), “Confía en el Señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia” (Prov 3,5), “¡Hombres rebeldes, paganos de corazón y cerrados a la verdad!” (Hch 7,51), “Canten a Dios con gratitud y de todo corazón” (Col 3,16) y tantas otras. Vemos claramente que no se hace referencia al corazón como órgano, sino que se debe comprender como un lugar interior, más interior incluso que los pensamientos más íntimos.

El segundo círculo corresponde a los pensamientos, las ideas, la imaginación, etc. En un sentido amplio, podría asociarse a la palabra psiqué. Este dinamismo sea tal vez más fácil de identificar que el espiritual. Tiene mucho desarrollo teórico especialmente en los últimos cien años con la aparición de la psicología como ciencia en sus distintas líneas de trabajo. Lo relevante en este punto es la distinción entre ambos dinamismos. Lo que sucede a nivel espiritual en la persona, su fe, sus convicciones hondas, su experiencia profunda de oración, no sucede (desde el punto de vista de esta antropología) en sus pensamientos, sino que es una realidad más interior. Esta diferenciación respecto del dinamismo que se denominó corazón, tiene también su raíz bíblica. Por ejemplo, “...ustedes son incapaces de escrutar las profundidades del corazón del hombre y de penetrar los razonamientos de su mente...” (Jdt 8,14). Claramente una visión más materialista renegará de la idea de un corazón separado de la mente. Aún con sus distintos tipos de complejidades, y los problemas para entender como simples impulsos eléctricos generan la conciencia, estas teorías no se permiten pensar en algo más allá de lo mental. Para una discusión no cristiana de los problemas del materialismo en lo que respecta a la filosofía de la mente resulta interesante el trabajo de Nagel (2012).

El círculo más exterior puede denominarse cuerpo. En la terminología bíblica existe una clara división entre el antiguo y el nuevo testamento. En el antiguo testamento no hay una diferencia, bien propia de la cultura griega, entre cuerpo y mente, y por tanto la palabra *basar* que usualmente se traduce como carne, hace referencia al ser humano en cuanto finito y frágil, pero no necesariamente moralmente frágil. "Mi boca proclamará la alabanza del Señor; Y toda carne bendecirá su santo nombre" (Sal 145, 21). En el nuevo testamento, especialmente en Pablo, aparece esta división: *psyché* para lo mental y *sarx/soma* para lo corporal. La palabra *sarx* es la carne en cuanto débil e inclinada al pecado, no se refiere al cuerpo material sino a lo exterior de la persona, como opuesto a lo espiritual. La palabra *soma* refiere también a lo corporal pero incorpora la posibilidad de que el espíritu se manifieste en el cuerpo. Es decir que el cuerpo puede inclinarse hacia el pecado, pero también puede inclinarse hacia la gracia (Cf. Hernández Cardona, 1986).

El cuerpo no es solo el recipiente que contiene a la mente y al corazón sino que también desea y forma parte inseparable del ser humano. Pero debe entenderse en este punto, que desde esta concepción antropológica, no todo lo que desea el cuerpo es malo. Por ejemplo, cada cierta cantidad de horas (dependiendo la cantidad de líquido consumido), el cuerpo desea ir al baño. La mente puede no prestarle atención, o decidir retrasar algunos minutos el momento de pararse, pero es el cuerpo el que desea algo, y es algo que no tiene nada de malo.

Gráfico I. Tres dinamismos



Fuente: Elaboración propia

No debe pensarse que el ser humano es una unión de tres partes, sino que se trata solamente de una metáfora. El ser humano es una integralidad, es uno e indivisible. Muchas veces resultará difícil o hasta imposible discernir si un impulso proviene del corazón, la psique o el cuerpo. Esta división esquemática se sigue porque ayuda a entender ciertos procesos de la vida humana, de lo que significa la conciencia, la voluntad y la toma de decisiones, como así también del obrar del Espíritu Santo y de la tentación en la persona.

Ahora bien, tal vez lo más importante de esta descripción antropológica sea lo siguiente: En el corazón, como centro de la persona humana, reside Jesús mismo. Este misterio, que Dios decida hacer su morada en el interior de la persona humana, se conoce con el nombre de inhabitación. Esto es de central importancia en el carisma y la búsqueda del MPD. “Cada ser humano es un sagrario que contiene dentro suyo la presencia de Jesús. Amar es tratar a Jesús en el sagrario del hermano.” (Mártensen, 2021, p. 269).

También podría pensarse una separación de estos tres dinamismos en diferentes lugares del cuerpo, aunque deberá entenderse que no se intenta con esto alojar la



experiencia en un solo lugar, sino que solo se busca ayudar a entender la división propuesta.

Gráfico II. Dinamismos en el cuerpo



Fuente: Elaboración propia

Toda la referencia a lo mental, y el aspecto psicológico de las personas, puede con bastante sencillez asociarse a la cabeza. En la cabeza se encuentra el cerebro, órgano responsable del desarrollo de la mente humana.

El espacio interior que se denominó corazón podría ubicarse en el pecho, en el corazón. Esto no quiere decir que la experiencia interior, o de Dios tengan lugar solamente en el corazón. Muchas veces la experiencia de Dios es acompañada con un latir particular del corazón y probablemente por esa razón, históricamente se relacionó ese espacio con el corazón. Cuando la cultura popular hace expresiones del tipo “te quiero de todo corazón”, refiere en cierta medida a algo similar, el querer va más allá de lo meramente racional, eso es lo que se quiere indicar. Especialmente en los primeros años de



participación en los grupos del MPD cuando las personas pasan adelante a compartir su testimonio de lo que Dios hizo en el retiro suelen referir que pasaron porque “les latía fuerte el corazón”. Probable señal de nerviosismo, pero también queriendo indicar que Dios en el interior los invitaba a hacerlo.

Todo el diagrama del Gráfico II es cuerpo (*sarx* en la terminología de Pablo), incluso el cerebro y el corazón, pero la palabra cuerpo (*soma* en la terminología de Pablo) escrita en el centro refiere en particular a su dinamismo más exterior. Como mecanismo que forma parte del proceso de toma de decisiones probablemente el órgano con que tenga más sentido asociarlo sea el estómago. Por ejemplo, cuando hace muchas horas que la persona no ingiere alimentos, el estómago se lo indica con un sentimiento llamado hambre. Pero no solo eso, muchas reacciones prerracionales pueden vincularse sencillamente al estómago: un dolor o una descompostura causados por nervios, o las famosas “mariposas en la panza” de los enamorados. También podría apuntarse algo más abajo, a los genitales, como origen de dos necesidades fisiológicas básicas: la eliminación de los desechos corporales y la sexualidad. El mecanismo es el mismo, es el cuerpo expresando una necesidad, un querer. Luego la mente y también el corazón podrán aportar su parecer de manera de que la persona tome una decisión en base a esta mezcla de querer.

Cabe destacar que este esquema presentado y desarrollado pastoralmente por el padre Ricardo y por el MPD, no es una contribución original sino que encuentra raíces en muchas antropologías teológicas y se puede entrever también, en forma similar, en otras culturas y religiones. Por ejemplo, el padre Ricardo describe la división entre cuerpo y corazón en el Hinduismo de la siguiente manera:

La dimensión que observamos a través de la vista es conocida como física. El “ojo que todo lo ve” es la percepción visual que va más allá de lo que es capaz de ser percibido a simple vista. Es una percepción extra física, metafísica, que puede ser llamada “clarividencia”. Nos animamos a decir también que, desde la experiencia pentecostal, carismáticamente podría ser calificada con el lugar del “reposo en el Espíritu. (Mártensen 2021, p. 457)

Un tratamiento científico secular que podría asociarse fácilmente a este esquema es la famosa Pirámide de Maslow (1998). En ese trabajo el autor plantea que los seres humanos tienen necesidades que van desde las más básicas (base de la pirámide) hasta las relacionales y proyectivas de autorrealización (punta de la pirámide).

Resulta de interés, en este punto, hacer un comentario respecto de la volición, o voluntad de la persona. Este es un tema que por relevancia e interés bien valdría un trabajo específico. Sin embargo, el mismo resulta más de carácter filosófico, alejándose de las implicancias prácticas que se busca en el presente. En todo caso lo central es esto: para la antropología que se intenta describir existe un libre albedrío. Este poder de elección separa a los humanos del resto de los animales. Esta voluntad es la que permite elegir entre distintos querer internos, por ejemplo, entre un impulso del cuerpo y un razonamiento, o entre un querer intelectual del plano de las ideas y un querer hondo del corazón. “Los animales no pueden querer. Ellos viven automáticamente de los impulsos de su naturaleza. Comen porque tienen hambre; no pueden decir: “tengo hambre, pero no



quiero comer hoy, haré ayuno” (Mártensen, 2021, p. 297). En el ejemplo que pone el Padre Ricardo podría decirse: el cuerpo pide comer (esto podría ser un impulso desordenado o no, la persona necesita comer, pero puede estar acostumbrada a comer mal, mucho, desordenadamente, con mucha azúcar, etc. También podría tratarse simplemente de un mero recuerdo necesario de la falta de energía en el cuerpo), pero la persona decide no hacerlo, ya sea porque con la mente advierte que conviene no hacerlo (esto puede ser en forma desordenada o no, bien porque decide hacerse un daño, o porque quiere adelgazar más allá de su necesidad física de hacerlo, o bien porque sabe que al día siguiente tiene que realizarse un estudio, o conviene enseñarle al cuerpo que no es este el momento de comer, etc.) o porque lo advierte con el corazón (siente que el Señor pide una entrega, o que sea ofrecido por la salud de alguien, etc.).

La voluntad podrá estar enviciada por el pecado o la acción del mal, por eso es importante para el discípulo crecer en libertad. Esta libertad no quiere decir poder dejarse llevar por los distintos impulsos, sino poder elegir libremente llevar a cabo la propia vocación. En esta libertad la voluntad propia entra en diálogo con la voluntad de Dios. “El hombre es un ser que tiene el poder de ser libre; con su libertad debe elegir para decidir querer, amar y obrar. La libertad abre al amor.” (Mártensen, 2021, p. 297).

De acuerdo con la antropología que aquí se presenta, es posible educar la propia voluntad de decisión. Si la persona se deja llevar siempre por el primer impulso, pierde capacidad de elección, pierde libertad. Es posible enseñarle al cuerpo a esperar o a resignar. Sea, por ejemplo, una persona que está acostumbrada al pecado de la pereza. Todas las noches pone el despertador a una determinada hora porque razona que eso es lo que le conviene. Sin embargo, al otro día, a la mañana, no logra despertarse porque su cuerpo está acostumbrado a no hacerlo (también podría ser que duerme mal por otros motivos, pero en el ejemplo no hay nada de esto sino mero acostumbramiento). A la noche su voluntad se decide por lo que su razonamiento le muestra, y por las mañanas por lo que su cuerpo le impone. Si no lo recibe como una gracia de Dios desde lo hondo de su interior (cosa que puede pasar), seguramente ordenar estos quererres le llevará mucho tiempo de intentos y esfuerzos.

Esta es la elección que se le abre a la persona humana: elegir la vida o elegir la muerte:

Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha. Si escuchas los mandamientos del Señor, tu Dios, que hoy te prescribo, si amas al Señor, tu Dios, y cumples sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, entonces vivirás, te multiplicarás, y el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra donde ahora vas a entrar para tomar posesión de ella. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar y vas a postrarte ante otros dioses para servirlos, yo les anuncio hoy que ustedes se perderán irremediablemente, y no vivirán mucho tiempo en la tierra que vas a poseer después de cruzar el Jordán. (Dt 20,15-18)

O en la expresión que le hace Dios a Caín: “¿Por qué estás resentido y tienes la cabeza baja? Si obras bien podrás mantenerla erguida; si obras mal, el pecado está



agazapado a la puerta y te acecha, pero tú debes dominarlo” (Gn 4, 6-7). En la voluntad está la posibilidad de dominar al pecado, amar y entregarse a Dios.

Esta decisión profunda de amar y de entregar la propia vida puede surgir desde la interioridad del corazón, por la gracia de Dios en cada uno.

Hay algo que está más allá incluso de nuestro dinamismo espiritual antropológicamente considerado. Es en mí mismo dónde está el núcleo central de la vida para poder decidirme a donarme. Y allí, en ese interior de la persona, está la inhabitación fundante de Dios que nos abre a la dimensión eterna de su existencia. (Mártensen, 2014a, p. 24)

El mal que no quiero

Aunque ya se mencionó, cabe hacer *in extenso* una aclaración importante frente a una idea que muchas veces puede conducir a error. Esto es, interpretar que por el cuerpo y la carne se hace referencia solamente a deseos pecaminosos o desordenados. Como si el lugar donde residiera el pecado fuera la carne. Esta idea puede provenir de una mala interpretación del famoso pasaje del capítulo 7 de la carta a los Romanos:

Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, y estoy vendido como esclavo al pecado. Y ni siquiera entiendo lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que no quiero, con eso reconozco que la Ley es buena. Pero entonces, no soy yo quien hace eso, sino el pecado que reside en mí, porque sé que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí. (Rm 7, 14-20)

El pasaje es elocuente en lo que respecta a la lucha interna entre diferentes querereres. Pero Pablo hace referencia al pecado en él, y el pecado puede estar en la carne y también en los pensamientos. También la gracia actúa en el cuerpo y en la mente. No todo deseo de la carne es desordenado y pecaminoso. Por ejemplo, el tener hambre proviene de la carne. No proviene de una racionalización del tipo “hace mucho que no como, debería comer”, sino que de las entrañas brota la necesidad de comer. Esto no es malo en sí mismo, al contrario es un buen indicador de una necesidad. Evolutivamente se podría pensar en la importancia de este instinto para la conservación de la raza, y creacionalmente se puede pensar en el amor de Dios dotándonos del mismo. Luego, una persona podrá comer desordenadamente, atrofiar sus instintos, etc. Esa actitud es pecado, pero no el origen del instinto. Algo similar ocurre con el deseo sexual. Como parte constitutiva de lo que le sucede a los seres humanos tiene una lógica desde el amor del Dios que nos creó que también podría interpretarse en términos evolutivos. En todo caso el pecado no será sentir el deseo, sino actuar siempre y desordenadamente en función de satisfacer todos los deseos de la carne.



El ser humano tiene la posibilidad de “trabajar la propia naturaleza” a los fines de ordenarla en santidad. Esta expresión, de uso común en el MPD, refiere a la educación de los impulsos de manera de no dejarse llevar por los mismos, sino de poder decidir en que momentos escucharlos. Ordenar los instintos, los impulsos, tanto en los que en forma general comparte toda la raza, como las características particulares de cada persona. Una persona más tímida podría, por ejemplo, advertir que para relacionarse mejor con otros, anunciar el Evangelio, etc. le conviene, en santidad, dejar de serlo. Probablemente nunca se convierta en un extrovertido, pero si puede ganar en autoconfianza y cambiar su forma de ser. Obsérvese que esto no quiere decir que la timidez sea un pecado, sino que aún la característica de la persona, puede ser modificada. También es posible cambiar la mentalidad, aprendiendo racionalmente los criterios propios del Evangelio y pidiéndole a Dios la gracia de ordenar lo aprendido con criterios del mundo. Jesús es el Señor y puede hacer esto en cada persona. Aún así, habrá características que nunca la persona logrará cambiar de sí misma, y que Dios podría no conceder cambiarlo, al menos por el momento. Esto podría llamarse límite, y le es útil a la persona conocerlo.

Esto no quiere decir que ser santo implique ser una persona sin impulsos desordenados, ni límites. El camino de la santidad es nunca lograrlo por completo, nunca lograr por completo hacer el bien, nunca por completo evitar el pecado, pero sí intentarlo cada día. E intentarlo con toda la integralidad del ser persona. La mente y el cuerpo no deben verse como impedimentos para la vida de Dios. Al contrario, ordenados al amor de Dios son útiles instrumentos. Por ejemplo, todo discernimiento bien hecho deberá hacer buen aprovechamiento de las capacidades intelectuales de la persona.

Pensar al cuerpo como origen de lo desordenado y pecaminoso podría llevar a rechazarlo en lugar de buscar santificarlo. Por ejemplo, al pensar que con una conversión de las ideas y los pensamientos es suficiente, o que alcanza con amar a Dios de todo corazón, sin poner el resto de la vida en consonancia con ese sentir.

A lo largo del presente trabajo se recogen algunos testimonios de personas que participan de los grupos del MPD. Se busca con estas experiencias de oración y de vida identificar la interacción de los distintos dinamismos en la persona.

Testimonio 1

En una meditación en el retiro de centro de este año nos hacían la invitación de poder encontrarnos con el Espíritu Santo ahí donde Él nos habita para dejarnos conducir, algo que para mí siempre fue muy difícil debido a mi racionalidad y las estructuras de mis pensamientos, y mi necesidad de saberlo todo y entenderlo todo. Por esto le expresé al Espíritu que yo quería saber cómo era ese lugar donde Él me habitaba. Y con todo su amor y generosidad se valió de mi racionalidad regalándome una imagen muy clara para que pueda conocer ese lugar donde me habita.

Me mostraba un túnel hacia el centro de la tierra, el cual tenía que bajar, entonces tomé la decisión de empezar a bajarlo. En el trayecto le expresaba al Espíritu Santo: “sigo bajando y hay oscuridad, no veo nada, el túnel está oscuro y húmedo. El clima es denso, pero sigo bajando. Hay piedras y me caigo, y me lastimo, pero sigo bajando.” Entendí que ese túnel me estaba llevando al centro de mi tierra y tenía que pasar por ese clima, esa oscuridad y tropezar con esas piedras que representaban mi naturaleza, mis



limitaciones, mi personalidad y mi historia para poder llegar a la morada del Espíritu en mí.

Tenía tres opciones. Salir a la superficie de nuevo, donde estaba segura y cómoda, quedarme en la mitad del túnel, o seguir bajando para encontrarme con ese lugar donde el Espíritu me habita. Decidí seguir bajando y no tardé en ver una luz que salía de una grieta al final del túnel, pasé esa grieta y todo era claridad. No sabía de dónde venía la luz pero todo resplandecía. La vegetación crecía sin problema, el césped de un verde brillante, los árboles con sus copas muy frondosas, flores de todos los colores y un arroyo de un agua muy cristalina. En ese jardín me estaba esperando una persona, esa persona era el Espíritu Santo. Y pensé que nada de eso tenía lógica, que en el centro de la Tierra no podía existir ese lugar, pero entendí que en el centro de MI tierra sí, porque ahí me habita el Espíritu Santo, que es la VIDA y da la vida, y donde ÉL está todo es vida. Así el Espíritu me reveló que habita en “mi jardín interior”, que más lindo para un paisajista (soy estudiante de paisajismo) que vivir en un jardín!

En ese momento tuve la certeza de que no importaba donde me encuentre yo, si lejos de mi casa, en medio de una guerra, si se estaba acabando el mundo, si talaban todos los árboles, si el agua se secaba, si afuera no había vida, porque la VIDA la tenía yo en mi interior. Que el Señor me podía llevar por cualquier camino pero que mi lugar en el mundo siempre va a ser ese jardín interior en compañía del Espíritu Santo. Y entendí que yo no soy canal para llevar el Espíritu a otros, sino que ÉL habita en cada uno, y estando yo presente en mi jardín interior me dejo conducir por el Espíritu y puedo ayudar al hermano a que baje a su jardín interior donde el Espíritu Santo lo habita. (Paula, 21 años)

Las imágenes con las que Paula describe su proceso de oración pueden ayudar a comprender la diferencia entre una oración más de tipo mental y una experiencia más interior, de simple encuentro con el Dios que habita en nuestro “jardín interior”. También puede advertirse cómo orar no es una actividad meramente del corazón, sino que supone toda la integralidad de la persona. Pero esto no significa que el cuerpo y la mente sean impedimentos para orar con el corazón. Los pensamientos pueden jugar en contra, pero la imaginación puede jugar a favor. El hambre o el cansancio pueden jugar en contra, pero una actitud corporal que acompañe la oración puede jugar a favor. No es cuestión de eliminarlos o evitarlos, sino de ordenarlos al querer de Dios.

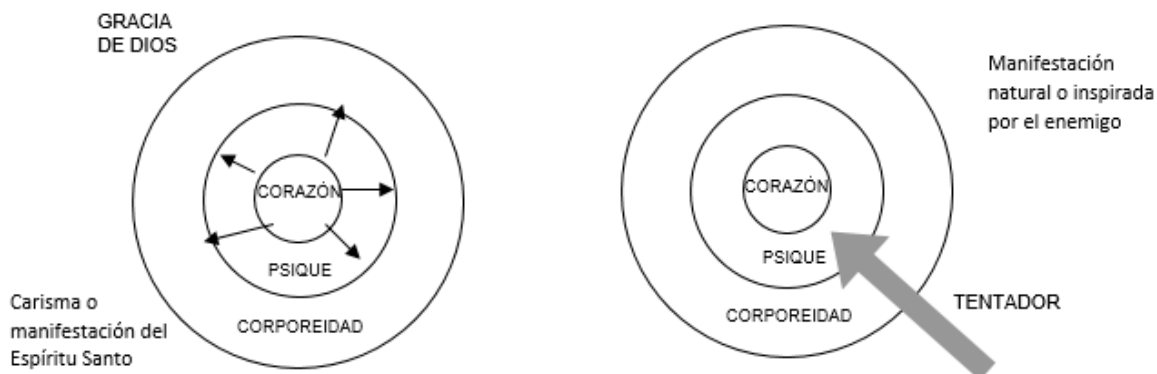
Un discernimiento de espíritus

Para el MPD resulta insoslayable en su concepción antropológica y experiencia espiritual el origen y formación jesuita del Padre Ricardo. Esto puede verse, por ejemplo, en la importancia que se le asigna al discernimiento. Donde discernir quiere decir identificar la voz del Espíritu de Dios entre otras voces. Los jesuitas lo consideran un don que les permite escuchar a Dios sin apegarse al propio querer y las propias ideas. También se considera que espíritus malignos pueden intentar confundir a la persona. Se habla también en este sentido de “la tentación”, como un espíritu maligno que pretende alejar a la persona de Dios. El discernimiento de espíritus es práctica común en la Compañía de Jesús y también en el MPD. Su origen y práctica más detallada puede encontrarse en los “Ejercicios Espirituales” de Loyola (2013).



Volviendo al esquema antropológico propuesto, es posible pensar en la acción del Espíritu Santo y de la tentación en la vida y en la oración. La regla general será que el Espíritu Santo proviene del interior, su expresión surge del corazón. El Espíritu Santo habita en el interior de la persona. En cambio, el obrar de la tentación proviene de afuera. Esto puede resultar útil, por ejemplo, para el discernimiento de una expresión carismática. Si la misma surge de una idea, una racionalización de lo que la persona cree que el Espíritu tiene para decir, entonces probablemente no se trate de un verdadero carisma. Puede ser que las intenciones de quien hace esto sean buenas, incluso que los efectos no sean del todo negativos. Aún así, vale, si es posible, diferenciar entre un verdadero carisma y una buena intención de la persona. La tentación puede, aprovechando la debilidad de la naturaleza, buscar desde afuera llamar la atención para correr al orante de su objetivo. Un ruido molesto en el exterior que distraiga, un dolor en el cuerpo, un recuerdo o pensamiento, etc.

Gráfico III. Discernimiento de Espíritus



Fuente: Elaboración propia

Así, la oración puede pensarse también como una búsqueda del Dios que habita en el interior. “La oración brota del corazón donde Dios inhabita al hombre” (Lafrance, 1980, p.10-11). Al orar no se ora solo con el corazón, ni tampoco solo con la mente. Cuerpo y mente deben ayudar a la persona en su viaje al interior. Al expresar una intención de agradecimiento, o de alabanza el orante puede hacer uso de sus facultades mentales para formular la oración, pero también de su cuerpo para expresar con palabras, y con su cuerpo, poniéndose de pie, aplaudiendo, elevando los brazos, arrodillándose, según corresponda a lo que se quiere expresar.

Más allá del discernimiento de espíritus en la oración, el esquema planteado también resulta interesante como criterio de discernimiento general. Para la toma de decisiones y el identificar la voluntad de Dios resulta evidente que no alcanza solo con el razonamiento. La inteligencia, y el conocimiento, pueden ser muy útiles a la hora de objetivar una situación y pensar alternativas posibles, sin embargo para advertir la voluntad de Dios es necesario estar en conexión con el Espíritu Santo que habita en el interior. Cuando el Señor coloca a Salomón al frente del pueblo de Israel, le concede, a su pedido, la gracia de discernir entre el bien y el mal. Y para esto no le otorga sólo inteligencia, sino especialmente un corazón sabio y prudente (c.f. 1Re 3,5-15). Luego su sabiduría y don de discernimiento serán famosos (c.f. Mártensen, 2021, p.117). Algo similar puede decirse de San Antonio Abad: “No era un hombre culto, pero la gente buscaba sus consejos” (Mártensen, 2021, p. 188). En estos casos puede hablarse de una gracia de discernimiento. Si bien hacer un discernimiento es una tarea, y tiene pasos concretos que ayudan, también requiere de la gracia que complete lo humanamente posible.

En el MPD es muy común una metodología de encuentro y oración comunitaria llamado “Encuentro en la Palabra”¹. Se trata básicamente de una lectio divina comunitaria. Se desarrolla en tres momentos: Un primer momento de leer un pasaje del Evangelio e imaginar la situación buscando ser parte de lo que se relata. Un segundo momento de compartir respecto de lo que la Palabra le dice a la vida de cada uno. Y un

¹ Para más detalles sobre esta metodología ver Mártensen, 2014b.



tercer momento de oración común. Lo interesante aquí es que desde esta mirada antropológica puede pensarse que en el Encuentro en la Palabra se acentúa en cada momento uno de los círculos del esquema. El primer momento es el momento de la mente, donde a través de los conocimientos previos, la imaginación, los recuerdos, etc. se intenta evocar lo más posible el pasaje del Evangelio. Buscando no solo ayudar a los otros a entrar en la Palabra sino que este ejercicio también es útil para quién lo expresa. El segundo momento es el momento del corazón. Se busca escuchar lo que Jesús en su Palabra le dice a cada uno en su interior, y conectar con el corazón de los otros escuchando atentamente lo que Jesús les dice a cada uno. El tercer momento es el momento del cuerpo. En este momento lo recibido en el corazón se exterioriza, en oración a través de expresiones verbales, gestos, canciones. Naturalmente la oración se asociaría al corazón, pero en realidad la oración, especialmente la oración comunitaria, es la posibilidad de explicitar físicamente lo que hay en el corazón.

Testimonio 2

Al año siguiente de mi retiro de profundización², empecé a sentir que "me trababa" durante las oraciones comunitarias. Hasta ese momento nunca me había costado orar con mis hermanos. Me comprometía y construía la oración. Pero ahora, cada sábado llegaba un momento en el que sentía que ya no podía decir más nada. Como si la garganta se me cerrara. Cuando noté que eso se venía repitiendo, hablé con mi coordinadora para pastorearme³. En la charla le conté lo que me estaba pasando y para intentar buscar posibles razones hablamos un poco de cómo estaba yo en general. Cómo me sentía en la comunidad, en mi familia, en el estudio, en mi noviazgo. Salí más tranquila y ordenada, pero con el correr de las semanas, esa traba en la oración volvía a aparecer. A lo largo de los meses que siguieron me "pastoree" varias veces, fui abriendo y ordenando procesos y así llegué al retiro comunitario de ese año.

No recuerdo si durante el retiro yo seguía sintiendo esa traba en la oración, pero ese fin de semana fue para mis hermanos y las demás comunidades que estaban ahí un gran derramamiento de dones y carismas. Y yo también quería recibirlos, pero el retiro llegaba a su final y yo sentía que me quedaba con muy poco frente a todo lo que habían encontrado mis hermanos y hermanas.

Cuando el retiro terminó, llegué a mi casa con esa sensación y de a poco me empecé a angustiar. ¿Por qué yo no había recibido nada? Sentía que Jesús estaba en la casa de cada uno de mis hermanos, pero no en la mía. Que me había dejado sola. Llorando, me fui a mi cuarto para estar sola. Ahí, en algún momento, me di cuenta de que lo que estaba sintiendo no tenía que ver con el Jesús que yo conocía. Yo sabía que Jesús no nos deja solos, así que en medio de ese llanto empecé a orar. Le pedía a Él que me diera la certeza de que estaba conmigo, de que no estaba sola, de que yo también tenía en el corazón todo lo que había visto esos días en los demás. La oración fluía cada vez con más intensidad, quería creerle todo eso a Jesús, y creo que estaba tan enfocada en pedirle que libere mi interior que no reconocí el momento en el que empecé a orar en lenguas. No fue instantáneo, pero a medida que seguía expresando las cosas como me salían me iba aquietando y calmando. Sentía de nuevo la presencia de Jesús en mi interior y mi corazón estaba tranquilo.

² Se refiere a un retiro en el proceso de los grupos del MPD que se hace generalmente en el segundo año de participación.

³ Por "pastorearse" se refiere a un encuentro personal con el coordinador del grupo del que participa, semejante a una dirección espiritual, pero entre fieles. En línea con el llamado "ministerio de la escucha".



Después de unas semanas pude juntarme con mi coordinadora para charlar sobre la experiencia del retiro y de esta oración. En el diálogo, descubrimos que algo se destrabó en mí cuando dejé de preocuparme por “cómo orar” y me lancé a pedirle al Señor lo que necesitaba. Pedirle la libertad interior me ayudó a ganar en libertad exterior también. El don de lenguas se volvió algo para desarrollar en la oración comunitaria una vez que entendí que “la traba” que sentía era mi propio miedo a decir cosas “sin sentido” en la oración, o a perder el control de lo que yo quería decir y orar con mis hermanos. Esa nueva conciencia de que la libertad interior se expresa en la oración me enseñó a ser más auténtica con mis hermanos. Porque no importa cuántas intenciones diga o cómo las formule, sino que mi corazón se abra sin temores al corazón comunitario. (Mariana, 25 años).

Se puede ver en el testimonio de Mariana la lucha entre la intelectualización de la oración, y una oración que surge más propiamente de lo interior. En particular, para quien no está acostumbrado, en la oración abierta a la acción pentecostal, lo mental puede resultar una traba. Sin embargo, la acción de la gracia y el acompañamiento del coordinador pueden ayudar en este proceso.

Una consecuencia saludable

Pensar en un esquema de cuerpo, mente y corazón invita a su vez a pensar en la integralidad de la persona, más que en una división. Si no existe división entre estos tres dinamismos difícilmente pueda la persona estar bien en uno de ellos si no está bien en los otros dos. Así por ejemplo, muchas enfermedades del cuerpo se deben en realidad a malestares o desórdenes de nivel psicológico. O como muchas veces se observa en el camino de los orantes del MPD, una experiencia de un retiro o una oración los mueve a iniciar un proceso terapéutico de sanidad psicológica, cómo describe Sofia en el testimonio 3.

Testimonio 3

Estar tan pasada emocionalmente, facilitó saber que el impulso para reconciliarme era del Espíritu y no de mi naturaleza. De estar en un cumpleaños a acercarme a un encuentro pastoral. Junto al pastor agarramos la maraña de emociones y la fuimos desglosando, empecé por la comunidad, seguí por mi vínculo personal con Dios y terminé en cuestiones más identitarias e históricas. Desde la gracia de reconocer a Dios en todo momento, encontré la libertad para asumir que tenía que volver a terapia. Enfrentándome a mi ego de haber terminado con el proceso, y, también, rompiendo con la mentira de que volver significaba retroceder o fracasar en el anterior proceso terapéutico.

En ese tiempo el Señor se acercaba en 2Pe 3, 1-10: "El Señor no se retrasa en cumplir su promesa, como algunos piensan, sino que tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que se pierda nadie, sino que todos se arrepientan". Con esto me sentía interpelada a tenerme paciencia, a asumir mi identidad desde la gracia de ser Hija de Dios. (Sofía, 26 años)



Un pasaje de Pablo que se puede malinterpretar en este sentido es el siguiente: “Los ejercicios físicos son de poca utilidad; la piedad, en cambio, es útil para todo, porque encierra una promesa de Vida para el presente y para el futuro.” (1 Tim 4, 8). Pablo crítica en este pasaje un ejercicio físico egoístamente autointeresado, no el ejercicio físico destinado al buen cuidado de la propia salud. De nada sirve una piedad desintegrada de lo humano, de las necesidades propias y de los demás. No hay una contradicción entre lo corporal como pecaminoso y lo interior y espiritual como santo, sino que el discípulo debe ordenar tanto su cuerpo, su mente y su interior en función de la piedad y el amor a Dios.

Por la hiperespecificidad, provocada por el avance de la ciencia, muchas veces resulta difícil encontrar un médico que mire el cuerpo en su integralidad, por no nombrar la integración del cuerpo y la mente. Esta integración es deseable, aunque algunos casos requieran miradas específicas. La mirada integral podría quedar en manos de quien haga el acompañamiento espiritual o pastoral. Pero es importante no confundir los roles. Aún si el pastor fuera psicólogo o médico, no debería traspasar la línea que divide un encuentro pastoral con una entrevista terapéutica, o una consulta médica. Por el otro lado, sí es conveniente que el pastor abra preguntas en esta línea. ¿Fuiste al médico a consultar por este tema? ¿Cómo estás durmiendo? ¿Hacés actividad física? ¿Cómo estás de humor/estado de ánimo? ¿Fumas? Estas no son preguntas ajenas al camino espiritual, por el contrario pueden ayudar a la persona a plantearse caminos de sanidad que también son caminos de santidad.

Una mirada más integral sobre las necesidades de la persona humana buscará evitar que se atrofien los sentidos que llaman la atención sobre un determinado aspecto. El cuerpo suele enviar señales cuando algo no funciona bien, o tiene necesidades. Ya sea sueño, hambre, un dolor, etc. Si se vive muy aceleradamente es posible no advertir estas señales o no saber interpretarlas. Algo similar sucede con los otros aspectos. Alguien podría vivir con un dolor psicológico forzosamente oculto e ignorado, pero que sale a la luz desordenadamente cuando no se lo espera. O también podría alguien vivir de espaldas a su búsqueda interior, sin oración, ni discernimiento de la voluntad de Dios. Nada de esto es bueno para la integralidad de la vida de la persona. Las drogas, por ejemplo, pueden ser nocivas en este sentido: bloquean la comunicación desde el cuerpo hacia el nivel mental (por supuesto que en ciertas situaciones esto es necesario), pero no solucionan el problema sino que simplemente eliminan el dolor por un tiempo.

Una interpretación desde las neurociencias

Existe una corriente de pensamiento que analiza estos temas en lo que respecta al funcionamiento del cerebro, la toma de decisiones y sus implicancias sociales, desde una perspectiva científica. Podrían dividirse en dos, el aporte de las neurociencias, que se discutirá en este apartado, y el aporte de la psicología que se discutirá en el siguiente. Esta división no responde a una diferencia de criterios, sino que puede hablarse de una misma línea de pensamiento, con citas cruzadas. Estos autores no parten de un planteo cristiano, incluso desde el punto de vista de la filosofía de la mente, algunos de ellos se acercan más a una concepción materialista, de acuerdo a la clasificación de Searle (2006). Esto es de poca importancia, ya que las discusiones que incorporan en la relación entre cuerpo y

mente son aprovechables más allá que luego se decida incorporar o negar la existencia de un alma, una conciencia supra material, un dinamismo interior, etc.

Antonio Damasio es uno de los neurólogos más importantes de la actualidad. En uno de sus libros más conocidos (Damasio, 2005) propone una división entre emociones y sentimientos. Esta división es, sino completamente, al menos muy similar a la idea propuesta en la antropología hasta aquí descrita, en lo que respecta a la división entre cuerpo y mente. Las emociones responden a una respuesta más primigenia del cerebro. Damasio habla incluso de un cerebro estomacal por la importancia de este órgano en la generación de emociones. Y el sentimiento a una elaboración posterior en base al conjunto de emociones, correspondiente a un estadio evolutivo posterior. Así, los organismos más sencillos tienen emociones, en el sentido de reacciones automáticas a estímulos externos, pero no sentimientos al estilo humano.

Desde el punto de vista práctico, comprender la biología de las emociones y el hecho de que el valor de cada emoción difiera tanto en nuestro ambiente humano actual, ofrece considerables oportunidades para entender el comportamiento humano. Podemos aprender, por ejemplo, que algunas emociones son consejeras terribles y considerar de qué manera podemos suprimirlas o reducir las consecuencias de su consejo. Pienso, por ejemplo, que las emociones que conducen a prejuicios raciales y culturales se basan en parte en el despliegue automático de emociones sociales destinadas, desde el punto de vista evolutivo, a detectar la diferencia en los demás porque dicha diferencia puede señalar riesgo o peligro, y promover la retirada o la agresión. Este tipo de reacción probablemente consiguió objetivos útiles en una sociedad tribal, pero ya no es eficaz, y mucho menos apropiada, en la nuestra. Podemos darnos cuenta de que nuestro cerebro porta todavía la maquinaria para reaccionar de la manera en que lo hizo, en un contexto muy diferente, hace muchísimo tiempo. Y podemos aprender a desechar tales reacciones y persuadir a otros para que hagan lo mismo. (Damasio, 2005, p. 44)

Para el cristiano, aceptar la concepción evolutiva no debe presentar una contradicción. Si bien históricamente esta disputa existió, y los detalles de la misma exceden los límites del presente trabajo, bastará referenciar al lector interesado a, por ejemplo, Chardin (1984), o Habermas y Ratzinger (2008).

Este desechar reacciones obsoletas que plantea Damasio puede pensarse en términos de conversión. Así, el trabajo de la propia naturaleza deberá incorporar, no solo una evangelización de las propias costumbres, la forma de ser, lo aprendido, sino también lo naturalmente y emocionalmente más arraigado. Pero no porque toda emoción sea mala, sino porque las emociones responden a un estadio de la evolución distinto al actual, y por tanto deben ser discernidas y ordenadas al amor de Dios.

A nivel cerebral pueden identificarse distintas zonas de la parte inferior del cerebro como desencadenadoras de emociones: el cerebro anterior basal, el hipotálamo, la corteza prefrontal ventromediana, la amígdala y los núcleos del lóbulo raquídeo. Estas respuestas, que son automáticas para el nivel de conciencia de la persona, es decir que suceden sin que la persona decida que sucedan, también se pueden aprender, como demuestran varios estudios (c.f. Damasio, 2005, p.62), y como lo sabe cualquiera que le guste tocar un instrumento musical y haya tocado tantas veces una canción que los dedos



“se le van solos”, sin tener la necesidad de pensar en ello. Así como los sectores del cerebro que funcionan como llaves de emociones, o los músculos del cuerpo, pueden aprender, es camino de santidad para el discípulo aprender reacciones automáticas de buen trato y amor. El objetivo de esto será que tratar bien a los demás o tener gestos de amor suceda más naturalmente y no como resultado de un esfuerzo consciente. Este aprendizaje, cuando es en camino de santidad, puede ser parte de un trabajo de la propia naturaleza (haciendo el esfuerzo consciente), pero también especialmente se le puede pedir a Dios como gracia.

Los sentimientos, en cambio, forman parte de una respuesta más compleja y racional sobre las distintas percepciones del cuerpo, incluidas las emociones. Un determinado estado corporal constituye, aunque no necesariamente causa, a los sentimientos (c.f. Damásio, 2005, p.88). Son de alguna manera un resumen, un mapa, de la diversa y compleja información que el cuerpo recibe. En el esquema planteado las emociones formarían parte del cuerpo, y los sentimientos de la mente. Pero, por supuesto, esta división no es tajante ni fácil de discernir. Una emoción de tristeza, por ejemplo, puede generar sentimientos y pensamientos de tristeza que a su vez hacen reaccionar al cuerpo generando más emociones de tristeza. El camino también puede ser el inverso, iniciándose en un recuerdo, una idea o un pensamiento. Adviértase que, como se mencionó anteriormente, a este nivel la tentación tiene acceso y podría (cuál fichas de dominó) empujar un recuerdo o una sensación, que termine entristeciendo y alejando de la oración al orante. Lewis (2006) relata alegóricamente, pero no por eso menos instructivamente, la acción del mal en la naturaleza humana.

A nivel cerebral los sentimientos están vinculados a áreas más externas y superiores: la corteza cingulada, las cortezas somatosensoriales de la ínsula y S2, y los núcleos del tegmento del tallo cerebral. Los pensamientos están vinculados a las cortezas de los aspectos lateral y polar del lóbulo frontal. Estas áreas del cerebro no se terminan de desarrollar sino hasta aproximadamente los 25 años de edad. Siegel (2012) propone un método de crianza basado en estos recientes descubrimientos del cerebro. Por ejemplo, recomienda que frente a una rabieta de un menor no tiene sentido explicarle razones lógicas. La rabieta responde a que el niño o la niña se ve sobrepasado por sus emociones, al punto que se bloquee la comunicación entre el cuerpo y la mente. Más útil será acercarle un abrazo, intentar calmarlo, aunque luego de eso corresponda repasar lo sucedido, y dar razones. En los menores esto sucede con mayor frecuencia porque su cerebro no está del todo desarrollado, pero los adultos también pueden verse sobrepasados por sus emociones. Aún así, el cerebro es sumamente plástico (especialmente antes de los 25 años) y por tanto, a toda edad, es posible aprender nuevas maneras de controlar los sentimientos.

Esta idea en el acompañamiento espiritual puede ser muy útil. Cuando una persona está desbordada emocionalmente, difícilmente logrará entrar en razón respecto de lo que comparte, mucho menos podrá conectar con una experiencia más honda de discernimiento u oración. Puede ser, en ese momento, más útil una escucha compasiva, un abrazo tranquilizador, que una palabra sabia. Deberá ser también un tiempo de especial intercesión y oración de protección por esta persona, ya que el desorden emocional es terreno propicio para la acción del mal espíritu. Un encuentro pastoral que ordene puede ser de mucha gracia, como también relata Sofía en el testimonio 3.

Una interpretación desde la psicología

Se analiza en este apartado las consonancias que esta visión antropológica tiene con algunos aportes recientes de la psicología conductual (no confundir con conductista).

Daniel Kahneman es un psicólogo premio nobel de economía por sus aportes en teoría de la decisión. Recientemente ha publicado dos libros de divulgación que son útiles como síntesis de su carrera (“Thinking, Fast and Slow”, 2011 y “Noise: A Flaw in Human Judgment”, 2021). Sus estudios se sustentan en buena medida en los de Damásio. Kahneman habla de dos sistemas que trabajan en forma conjunta para la toma de decisiones. El primero encargado de reaccionar en forma veloz, sin analizar demasiado. A este sistema lo llama “Sistema 1”. Supóngase una persona que camina por la selva y escucha un ruido detrás suyo. Tiene pocos segundos para decidir si se trata de un león y entonces conviene correr, esconderse o quedarse quieto, o si más bien se trata de un ave y entonces no hay peligro. Esta decisión se toma en segundos, en un pestañeo. Gladwell y Fox (2007) en esta línea, llaman “blink” a ese instante de decisión. El “Sistema 2” en cambio toma decisiones en forma más lenta. Refiere a las decisiones que requieren analizar y pensar antes de decidir. Una cuenta matemática compleja, por ejemplo. Claramente estos dos sistemas tienen un correlato con lo planteado por Damásio. Un “Sistema 1” más intuitivo, de respuestas automáticas, menos evolucionado evolutivamente hablando, vinculado a emociones y al cuerpo como receptor de estímulos externos. Un “Sistema 2” más vinculado a sentimientos y el uso del cerebro para la elaboración de escenarios posibles, alternativas, etc.

Surge la tentación, en el contexto del presente trabajo, de hacer un abuso de notación con el mayor de los respetos al trabajo de Kahneman y llamar “Sistema 3” al conjunto de decisiones que no responden a un criterio racional (mucho menos intuitivo) sino que surgen de una experiencia interior de búsqueda de hacer la voluntad de Dios. Estos tres sistemas se corresponderían en el esquema planteado de la siguiente manera: el primero con el dinamismo del cuerpo, una inteligencia intuitiva, cargada de impulsos naturales y emociones. El segundo con el dinamismo de la mente, una inteligencia racional, cargada de sentimientos, imaginación, ideas y posibilidades. El tercero con el dinamismo del corazón, una inteligencia interior, cargada de la vida del Espíritu Santo en cada uno. En el ser humano no hay una superioridad de un sistema por sobre el otro, sino que los tres cumplen roles propios y todos pueden ser ordenados al querer de Dios.

Haidt (2006) tiene una metáfora interesante para describir la diferencia entre el sistema 1 y el sistema 2. Cuenta que en un momento, de viaje por la India, paseaba a lomo de un elefante por un camino de cornisa. Al llegar a una curva se asustó porque no estaba seguro de tener el control como para poder indicarle al elefante lo que debía hacer. El animal, que conocía el terreno mucho mejor que su jinete, no tuvo ningún inconveniente en tomar la curva, incluso sin indicación alguna. En la metáfora, el sistema 2 es el jinete, la conciencia, que piensa que tiene el control todo el tiempo de las situaciones, mientras que el sistema 1 es el elefante, una maquinaria milenaria que responde en forma automática a los estímulos recibidos de manera de mantener a todos con vida. El cuerpo toma decisiones todo el tiempo, incluso ante la ausencia de conciencia. Mientras la persona duerme, el corazón late, por ejemplo. Y en el interior el Espíritu Santo obra también. “El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que



duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo” (Mc 4, 26-27). Los autores que proponen la oración del corazón, recomiendan quedarse dormido en oración, de manera de abrir la puerta al Espíritu para que obre durante la noche (e.g. Lafrance, 1980).

En el camino de santidad el discípulo puede muchas veces frustrarse ante los intentos de enseñarle al elefante una nueva manera de reaccionar. Una respuesta violenta, un impulso sexual desordenado o un querer egoísta, pueden estar no solo aprendidos por historia familiar y ejercicio propio, sino también codificado en la propia naturaleza de la persona. Esto no quiere decir que modificarlo sea imposible. Es solo una invitación a “tenerse paciencia” a uno mismo y pedirle a Dios estas cosas con insistencia.

Nuevamente, no todo lo que propone el elefante está mal. No toda primera reacción es mala, no toda intuición del sistema 1 estará desorientada. A la hora de tomar una decisión, “la intuición no debe ser prohibida, pero sí debe ser informada, disciplinada y retrasada.” (Kahneman, 2021, p.355). Y se podría agregar, a la hora de hacer un discernimiento a estos dos sistemas convendrá incorporar el sistema 3. No solo la intuición y la racionalización sino el sentir interior vinculado al querer de Dios.

La conexión del ser humano con su exterior

Lo relacional en el carisma del MPD es inseparable de la experiencia humana. “... la persona humana no está llamada a vivir sola sino a vivir con otros.” (Mártensen, 2021, p. 301). El ser humano se concibe como un ser llamado a desplegarse en el amor. “En el Movimiento de la Palabra de Dios concebimos la vida como un llamado a vivir amando y al amor se lo conoce amando” (Mártensen, 2021, p. 269). No tendría sentido entonces pensar todo este esquema interior de la persona sin pensar su relación con las otras personas.

Así como la persona ora y discierne haciendo uso de sus tres dinanismos, también ama de la misma manera. El amor no debe ser entendido como una facultad exclusiva de la vida interior, como si fuera solo una cuestión trascendente. Tampoco debe ser entendido como una idea, como quién ama porque piensa que eso es lo mejor. Ni como meramente una vinculación corporal entre las personas. Pensar el amor de esta manera sería un reduccionismo que lamentablemente se traduce también en la experiencia vincular de muchas personas. Será para quién busca seguir a Jesús un camino el vincularse integralmente con los demás. En particular en lo que respecta a la vida de la pareja en el MPD, la experiencia se puede seguir en Mártensen (2002; 2004).

La antropología descrita tiene otra consecuencia vincular que en la experiencia del MPD resulta central. La “vida de alianza” y el “trato fraterno” se entienden mejor en la comprensión de que no se trata de un vínculo y un esfuerzo puramente humanos, sino de vincularse con el Jesús que vive en el corazón de los demás. Es la conciencia de intentar cuidar y respetar al otro, no solo por la dignidad de su vida, sino porque en el otro reside el mismo Jesús. La propia vida y la vida de los demás tiene una dignidad especial en cuanto “sagrarios humanos” (Mártensen, 2012).



Esta dignidad es parte de una descripción antropológica de lo que significa ser persona. Es decir que no depende de la fe, la religión (es decir el corazón), la cultura, las opiniones políticas o de ideas (es decir la mente), el aspecto físico, color de piel, capacidades, etc. (es decir el cuerpo). Dios está en cada uno y esto le otorga a cada uno una dignidad especial. La dignidad de la persona no procede de ser amado por otros, ni de su inteligencia superior a la de otros animales, o de su autoconciencia o sus habilidades manuales, sino de la inhabitación de Dios en cada uno.

En una línea similar, Haidt (2006) propone una interpretación de la persona humana en tres niveles. Uno corporal, uno mental y uno social. Es decir, no menciona lo que en el presente artículo se llamó dinamismo del corazón, pero se agrega como un dinamismo más a esta relación con el exterior. Así, el diagnóstico de una buena vida deberá darse en el correcto equilibrio de estos niveles. Una persona podría estar mal de salud en su nivel corporal, triste o deprimida en su nivel mental (vinculado esto o no con su nivel corporal) o en mala relación con los demás. Si una persona está mal de salud (nivel corporal), pero no lo sabe (nivel mental), no está globalmente bien. Si una persona está bien de salud y es feliz, pero vive aisladamente o individualizadamente (nivel social), tampoco está globalmente bien. Esto se debe a que se piensa a la persona naturalmente como ser social.

Esta conciencia abre a una forma de vincularse no solo con un otro sino también comunitariamente y en sociedad. “De esta manera, Dios convive en nosotros y esto lo reconocemos por la fe, lo buscamos con esperanza, y tratamos de vivirlo desde la caridad. Si Dios convive con nosotros (eclesialmente, somos su Cuerpo místico), cuando nos vinculamos entre nosotros, nos vinculamos con Dios entre nosotros. La interioridad comunitaria es vincularnos con Dios entre nosotros. Es la alianza vincular del Espíritu presente en el mandamiento de Jesús.” (Mártensen, 2014a).

Lamentablemente, así como el Espíritu tiene la posibilidad de moverse entre las personas gestando alianza, también la tentación puede aprovecharse de la debilidad humana y de las relaciones. Sería un análisis incorrecto en el marco de este trabajo pensar a la tentación como solo actuando a los niveles corporal y psíquico de la persona, sin pensar en su relación con otros. Es común observar en los ataques de la tentación a la vida de las comunidades, que empiece por una persona y luego se vaya extendiendo a los otros. A veces da la sensación que se trata de una enfermedad contagiosa. Pero es importante en esto sacarse las imágenes más fantasiosas de como se observa a la tentación. Probablemente nadie vaya a girar su cabeza ciento ochenta grados, ni caminar por las paredes ni nada de eso. Tal vez solo sea un impulso desordenado, que la tentación acompañó para que se consienta el pecado, entonces eso generó la división entre dos personas, y un tercero en vez de ponerlo a la luz se enojó, y fue a hablar mal de ellos con otro, etc. Al cabo de un tiempo la comunidad está peleada, dividida, enojada, etc. “Les ruego, hermanos, en nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor, que se pongan todos de acuerdo y terminen con las divisiones, que encuentren un mismo modo de pensar y los mismos criterios.” (1Cor 1, 10). Frente a estas situaciones es importante mantener la calma, orar liberación, permanecer en la comunidad, “no desertemos de nuestras asambleas” (Hb 10, 25), y buscar la unidad en vinculación con el criterio pastoral.





Referencias

- Chardin, P. T. (1984). *El fenómeno humano*. Hyspamérica.
- Damásio, A. (2005). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Crítica.
- Damásio, A. (2010). *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*. Pantheon Books.
- Damásio, A. (2021). *Feeling & Knowing: Making Minds Conscious*. Pantheon Books.
- El Libro del Pueblo de Dios* (1990)
https://www.vatican.va/archive/ESL0506/_INDEX.HTM
- Gladwell, M. y Fox, B. (2007). *Blink: The Power of Thinking Without Thinking*. Back Bay Books.
- Habermas, J. y Ratzinger, J. (2008). *Entre razón y religión: dialéctica de la secularización*. Fondo de Cultura Económica.
- Haidt, J. (2006). *The Happiness Hypothesis: Finding Modern Truth in Ancient Wisdom*. Basic Books.
- Hernández Cardona, L.V. (1986). Antropología bíblica y moral fundamental. El hombre bíblico. *Cuestiones Teológicas*, 13(36-1).
- Kahneman, D. (2011). *Thinking, Fast and Slow*. Farrar, Straus and Giroux.
- Kahneman, D., Sibony, O y Sunstein, C.R. (2021). *Noise: A Flaw in Human Judgment*. Little, Brown Spark.
- Lafrance, J. (1980). *La Oración del Corazón*. Narcea.
- Lewis, C. S. (2006). *Cartas del diablo a su sobrino*. Harper One.
- San Ignacio de Loyola. (2013). *Ejercicios Espirituales*. Sal Terrae.
- Mártensen, R. (2002). *La castidad del amor*. Editorial de la Palabra de Dios.
- Mártensen, R. (2004). *El amor matrimonial, invitación a la santidad*. Editorial de la Palabra de Dios.
- Mártensen, R. (2011). *Yo Soy. Meditaciones pastorales sobre la identidad humana*. Editorial de la Palabra de Dios.
- Mártensen, R. (2012). *El sagrario humano de Jesús. Espiritualidad del trato fraterno*. Editorial de la Palabra de Dios.
- Mártensen, R. (2014a). *Orar y Amar*. Editorial de la Palabra de Dios.



Mártensen, R. (2014b). *Encuentro en la Palabra: escuela de fe y oración en la Palabra*. Editorial de la Palabra de Dios.

Mártensen, R. (2021). *Jesús, el buen pastor de la historia humana*. Editorial de la Palabra de Dios.

Maslow, A. H. (1998). *Toward a Psychology of Being*. Wiley.

Nagel, T. (2012). *Mind and Cosmos: Why the Materialist Neo-Darwinian Conception of Nature Is Almost Certainly False*. Oxford University Press.

Searle, J.R. (2006). *La mente. Una breve introducción*. Norma.

Siegel, D. (2016). *Mind: A Journey to the Heart of Being Human*. W. W. Norton Company.

Siegel, D. y Bryson, T. (2012). *El cerebro del niño*. Alba Editorial.